

El universo moderno según McLuhan

ENRIQUE SAEZ

“...el libro impreso liberó a los hombres de lo local y lo inmediato. Haciéndolo, contribuyó aun a la disociación de la sociedad medieval, lo impreso hacía una mayor impresión que los acontecimientos reales, y al centrar la atención en la palabra impresa, la gente perdió aquel equilibrio entre lo sensual y lo intelectual, entre la imagen y el sonido, entre lo concreto y lo abstracto... Existir era existir en forma impresa, el resto del mundo tendió paulatinamente a hacerse más oscuro”.

Lewis Mumford

“Los nuevos profetas anuncian el fin de la era de Gutenberg —la era de la letra impresa, el ciclo del pensamiento moderno— y el comienzo de la era audiovisual, sensorial, irreflexiva: imágenes sólo imágenes: no aquellas venerables imágenes creadoras del arte y la poesía, sino estas otras, instantáneas, convencionales, planas, de los actuales medios de comunicación”.

José Miguel Ibáñez L.

SINTESIS BIOGRAFICA DE MCLUHAN

Marshall McLuhan nació en la localidad de Edmonton, Canadá, en 1911. Sus estudios universitarios los realizó en las universidades de Manitoba y Cambridge, titulándose en la primera de Bachelor of Arts (1933) y Master of Arts (1934); y en la segunda, de Master of Arts (1940) y de Ph. D. of Arts (1942). Su carrera académica se realizó en diversos centros universitarios canadienses y norteamericanos. En 1937 es nombrado profesor de la Universidad de Saint Louis; en 1944 ejerce la docencia en la Universidad de la Asunción, de Windsor; en 1952 es nombrado profesor titular de la Universidad de Toronto, y

desde 1967 a la fecha es profesor titular de la Cátedra de Humanidades "Albert Schweitzer", de la Universidad de Fordham, en New York. Entre los años 1953 y 1957 dirige, junto a Edmund Carpenter, la revista *Exploraciones*. Desde 1963 dirige el Centro de Cultura y Tecnología de la Universidad de Toronto, cargo que posee en la actualidad. Algunas de las distinciones recibidas en reconocimiento de sus estudios sobre los medios de comunicación y la literatura inglesa son las de Miembro de la Royal Society de Canadá y Doctor *honoris causa* de la Universidad de Windsor.

Los libros más importantes de McLuhan, algunos publicados en colaboración con miembros de sus varios grupos de investigación, son: "La Novia Mecánica: Folklore del Hombre Industrial" (1951); "Exploraciones en la Comunicación" (1960); "La Galaxia Gutenberg" (1962); "La comprensión de los medios como extensiones del hombre" (1964); "El Medio es el Mensaje" (1967); "Contraexplosión" (1969); "The Interior Landscape" (1969); "Del Cliché al Arquetipo" (1970); "La Cultura es nuestro negocio" (1970) y "Guerra y Paz en la Aldea Global" (1971).

El pensador contemporáneo Marshall McLuhan utiliza la denominación "Galaxia Gutenberg" para referirse a un fenómeno aparentemente tecnológico, que plasmó en sus más variadas instancias un ambiente universal, omniabarcativo, configurando un tipo de hombre y una época, los que actualmente se encuentran en franca decadencia. De esta manera, la "Galaxia Gutenberg" va más allá del predominio unilateral de una tecnología o medio por sobre otros que inventó el hombre, y apunta sustancialmente al hecho de un entorno totalmente nuevo que se prolonga naturalmente a partir de la creación tipográfica. El medio crea un mundo.

Las reflexiones de McLuhan en relación a la imprenta hallan su centro en la imprenta de tipos móviles inventada por Gutenberg. En todo caso, una razón de peso preside esta distinción entre tipos de imprenta y, por tanto, no es meramente antojadiza. Las imprentas anteriores a la de Gutenberg, que existieron no en despreciable cantidad para el momento histórico que se vivía, no iban mucho más allá del manuscrito, a pesar de la intromisión explícita de una nueva técnica. Fundamentalmente, lo esencial del manuscrito se mantenía con la imprenta de tipos fijos, pues en ambos casos la cambiabilidad de la página manuscrita y de la placa de tipos fijos era del todo nula. Además, ha de tenerse en cuenta que el trabajo y tiempo que tomaba la imprenta antigua, con la consiguiente traducción en unos pocos libros,

era comparable o sobrepasaba al esfuerzo que requería el manuscrito. En efecto, la imprenta de tipos fijos no traía consigo el anuncio de un nuevo mundo, sino más bien la perpetuidad del mundo antiguo, oral, bisensorio, auditivo-visual.

Con el invento de Gutenberg el hombre dispuso de una serie de unidades (los tipos) uniformes y canjeables entre sí, que al unirse formaban palabras y que eran ordenadas consecutivamente, conformando con ello una perfecta sucesión lineal. Este hecho singular permitió a imprenteros y escritores la publicación de centenares de libros, periódicos y revistas a gran escala y para todo consumidor. Así, aparecía una nueva era en la civilización occidental: la era del hombre tipográfico, esto es, la época donde a partir de la imprenta el hombre estructuró todo un ámbito social, transformando sus hábitos y costumbres, su conducta y su pensamiento, creando una manera de ser y de vivir radicalmente opuesta a la época auditiva que le antecedió.

A partir de la situación recientemente descrita podemos aperecibirnos de las características esenciales que McLuhan detecta en las tecnologías, entre la que se cuenta la imprenta de tipos móviles. Ellas son la impregnación y la saturación del entorno sociocultural que rodea al hombre. La imprenta y sus producciones penetran arbitrariamente el hábitat del hombre moderno, saturándolo sin reservas, hasta el extremo que es posible sostener que la época moderna es, en esencia, tipográfica.

La imprenta de tipos móviles o imprenta de Gutenberg posee un factor que es preciso destacar. Se trata del factor del *cambio*. En “La Galaxia Gutenberg”, McLuhan sostiene lo siguiente: “Con Gutenberg, Europa ha entrado en la fase tecnológica del progreso, fase donde el cambio mismo deviene la norma primera y universal de la vida social” (*La Galaxie Gutenberg*, Tomo II, p. 287, Gallimard, 1977). La imprenta exalta el cambio, lo pone en el primer plano del quehacer humano y, en términos puramente teóricos, queda elevado al rango de principio universal.

Si bien el cambio se expresa en planos básicamente prácticos o “reales”, como ser en el ámbito político, económico, social, apareciendo incluso en los planteamientos de la nueva astronomía y de la filosofía independizada del espectro teológico, el sentido del cambio se perfila ya en la imprenta como tal. Del mismo modo como la linealidad de la página impresa creó el hombre unilineal, la cambiabilidad de los tipos logró crear una sociedad en transformación. De alguna manera, entonces, la canjeabilidad libre de los tipos inspiró subliminalmente los

cambios que se produjeron en la época moderna, a pesar de que este pensamiento pueda ser de sobra resistido.

McLuhan define esencialmente a la imprenta como un recurso repetidor, es decir, como una tecnología de reiteración de lo que produce. Es así como la imprenta hizo posible la repetición idéntica de cualquier escrito a gran escala, permitiendo que los hombres pudiesen leer un mismo contenido en una misma forma. Igualmente, y esto ha de ser subrayado, la imprenta fue la primera técnica de producción en serie, anticipando con ello la revolución industrial del siglo XIX. La imprenta en tanto reiteración de lo idéntico construyó la homogeneización social y la uniformidad perenne de lo humano.

Por otra parte, la imprenta sostiene explícitamente tres principios básicos: continuidad, uniformidad y repetibilidad. Las derivaciones de estos principios tipográficos son de variada naturaleza, a pesar de que tal diversificación no mina ni destruye la homogeneidad de la época moderna. Así, el principio de continuidad derivará en la concepción del espacio y del tiempo por parte del hombre. El espacio es considerado continuo, homogéneo y cerrado, en tanto el tiempo es visto como continuo, sucesivo y ligado secuencialmente. A su vez, el principio de uniformidad se proyecta en el “hombre letrado” mediante las nociones físicas de Naturaleza y Universo, como asimismo en la realidad del nacionalismo. El principio de repetibilidad se expresa en la producción industrial, en la experiencia científica (reiteraciones experimentales para confirmar o desautorizar una hipótesis o una ley) y en la enseñanza. De este modo, el hombre tipográfico torna su experiencia, en general, como algo de por sí continuo, uniforme y repetible. En este sentido, el hombre-máquina postulado por Descartes no es para nada un absurdo, pues responde al tipo de hombre generado por la tecnología de la imprenta.

Para los fines de este trabajo no sólo es preciso considerar a la imprenta en tanto tecnología, sino explicitar brevemente el ambiente desplegado por ella. Por “ambiente” se entiende el total de consecuencias producidas por un medio. En consecuencia, expondré algunas de las consecuencias de la imprenta, teniendo en cuenta los ámbitos histórico, psicológico, social, político y filosófico.

En el plano histórico, la imprenta produce dos hechos fuertemente significativos. El primero de ellos dice relación con la destrucción del mundo medieval, ya como sistema de vida, ya como ambiente bisensorial (el cual estaba moldeado por la conjunción sensoria del oído y del ojo). El segundo hecho que posibilita la imprenta de tipos móviles es la

creación de un nuevo mundo, regido por la realidad y principios de la propia imprenta. Se trata, pues, de un mundo absolutamente determinado, que sin tener conciencia de su condición, actuó como si fuese libre. Este fenómeno, inexplicable para algunos, lo justifica McLuhan al sostener que los ambientes son invisibles, esto es, que el hombre de una época específica no capta el ambiente que lo mueve y rodea. El ambiente es vivido naturalmente por los hombres, no es cuestionado como tal. A lo más se pretenden reformas sutiles de algunos aspectos.

Las consecuencias psicológicas de la imprenta de Gutenberg son múltiples. El hombre tipográfico adopta un “punto de vista” fijo; adviene la idea de perspectiva espacial; se produce la homogeneización de la experiencia; cultiva la tendencia a la no implicación; se exalta la inmortalidad como condición humana; se tiende a la fragmentación y a la especialización de las actividades y, en último término, se logra la disociación de la sensibilidad. A continuación precisaremos cada uno de estos efectos, con el fin de fundamentar debidamente las tesis de McLuhan.

El hombre moderno adopta un “punto de vista fijo” ante el espacio y frente a su naciente concepción del mundo. Este “punto de vista fijo” constituye de por sí la explicitación del aislamiento del sentido de la vista y de la consideración de la experiencia como algo meramente visual. El hombre puede tener este “punto de vista” frente a cualquier cosa gracias a la página impresa, que reproduce lineal y secuencialmente la ordenación de los tipos de la imprenta. De este modo, la línea material de la página impresa pudo transmutarse en línea mental. El hombre comenzó a pensar linealmente, evitando las contradicciones, con lo cual se sumergía en la manera de operar de la imprenta y en la forma de presentarse que tiene el libro.

La perspectiva espacial resulta de la unión del “punto de vista” y del “punto de fuga”. El método de la perspectiva se halla íntimamente enlazado con la visión del espacio como continuo, uniforme y enteramente visual. A su vez estas características del espacio, que destaca el hombre de la modernidad, tienen su raíz fundamental en la imprenta, en la uniformidad y linealidad de los tipos móviles combinados entre sí.

La homogeneización que se produce en la época moderna afecta a la experiencia en general como al hombre mismo. El origen de esta homogeneización absoluta es la continuidad lineal de los tipos anudados homogéneamente. Por su parte, este proceso de homogeneización creciente implicó la ampliación del poderío, energía y capacidad agresiva del hombre tipográfico. Este hecho simple se expresó con mayor

fuerza en el nacionalismo, el cual consiste, esencialmente, en la sistematización absoluta de lo homogéneo. En cuanto a la homogeneización de la experiencia, cabe decir que es de índole visual, producto del predominio de la vista por sobre los demás sentidos. Por ejemplo, la aparición de filosofías en la Edad Moderna que tienen como criterio de verdad la sensopercepción o la intuición intelectual, poseen como fundamento inconsciente la concepción de la experiencia en tanto mera visualidad. Así, para Berkeley, “ser es ser percibido”, y para Descartes el *cogito* corresponde a una visión de índole reflexiva. En relación a la homogeneización dice el propio McLuhan: “La homogeneización de hombres y objetos llegará a ser el gran objetivo de la era de Gutenberg, así como la fuerza de una riqueza y de un poder que no ha conocido ninguna otra época y ninguna otra tecnología” (ib., tomo 1, p. 237).

La no implicación del hombre tipográfico apunta, en rigor, a dos factores: al contenido de los libros que se leían y, en términos sociales, a un desligarse absoluto en relación a los demás hombres. Para el individuo moderno la “otredad” constituía la negación de sí mismo (así lo entendió, entre otros, el propio Hegel), de su poderoso yo enfrascado y empecinado en la soledad de la conciencia. De este modo, el desinterés frente a las cosas y la exclusión hicieron del hombre un ser capaz de actuar sin reaccionar, para el cual la participación y el compromiso sonaban a asuntos demasiado lejanos.

Otra consecuencia psicológica de la imprenta la constituye la asociación férrea entre el libro y la inmortalidad. El hombre moderno se inmortalizó con la hoja impresa. Para él, la inmortalidad del alma no era suficiente, puesto que se ganaba después de la muerte (según reza la tradición cristiana); en cambio, con el libro podía llegar a ser inmortal en vida. En este sentido, bien puede decirse que el hombre letrado cambió su carne y sus huesos por papel y tinta.

La fragmentación inducida por la tipografía trastornó explícitamente los hábitos mentales del hombre. Si el hombre medieval tendía al enciclopedismo intelectual, el hombre moderno tendió a fragmentar las actividades, a “partir la mente” en cuantos estancos fuera posible. De esta manera, se estableció una distinción tajante entre el saber y la sensibilidad, entre el pensamiento y el sentimiento, como si se tratara de dos instancias independientes entre sí. Este fenómeno produjo la enajenación de las capacidades humanas, proceso que, paradójicamente, se verificaba en un mismo sujeto. Una lectura atenta de las filosofías de la época demuestra con claridad y evidencia esta tendencia moderna

a la fragmentación, a proporcionar un hombre dividido y no integral, a diferencia de la era eléctrica.

Por especialización entiende McLuhan el hábito de pensar en trozos y partes, paso a paso, sin realizar saltos en el proceso del razonamiento mismo. Así, el pensar se hacía de acuerdo a un orden secuencial y a una coherencia uniforme. El pensamiento unidimensional tiene su origen definitivo en la disposición de los tipos móviles y, por lo mismo, en la ordenación de las letras de la página impresa. La “de-partamentalización” del hombre letrado fue la condición de posibilidad de la división especializada en las ciencias y de la proliferación incesante de categorías filosóficas.

Para finalizar con la exposición de los efectos psicológicos del invento de Gutenberg nos referiremos a la expresión “disociación de la sensibilidad”, que McLuhan recoge del poeta T. S. Eliot. La disociación de la sensibilidad se produce por el poder de escisión que la palabra impresa ejerce sobre lo psíquico, lo cual lleva al hombre a creer que las cosas están divididas tal como su mente se las muestra. En otro sentido, y posiblemente el más importante, la disociación de la sensibilidad apunta a la preponderancia de un sentido por sobre los demás. En la época tipográfica, específicamente, la vista se impone y opaca a los otros sentidos, actúa por su propia cuenta y se erige en soberana. En consecuencia, la sensibilidad total del hombre queda irrelacionada, sin coordinación, perdiendo con ello la riqueza perceptual que en otro tiempo poseía.

A continuación señalaremos algunas de las consecuencias sociales de la imprenta. Entre ellas cabe destacar el aislamiento, la aparición del individualismo, la mecanización de las actividades, el inicio de la producción en masa, la perspectiva de una sociedad de consumo, la alfabetización y la educación postuladas universalmente, la creación del público como tal, la especialísima relación autor-lector, la portatividad del libro impreso y el fenómeno sin parangón del nacionalismo.

La imprenta y el libro hicieron del hombre un ser aislado en medio del mundo, un ser que fue cultivando, pausadamente, su punto de vista particular ante los objetos y ante el prójimo. Este aislamiento humano se encuentra íntimamente ligado con el fenómeno de la especialización. No hay que olvidar que a través de ella el hombre pasa a ser un “punto” central, que posee un determinado radio de acción: el hombre sabe sólo lo que le incumbe e ignora aquello que cree no le compete, es decir, aquello que no es de su “especialidad”.

Posiblemente la consecuencia social de mayor importancia que

arroja la imprenta de Gutenberg es la aparición del individualismo, en tanto manera de ser y manera de pensar del hombre. McLuhan no se equivoca al establecer que “la imprenta es la tecnología del individualismo” (ib., tomo II, p. 291). El aislamiento del lector en “su” mundo de libros fue determinante para la creación del orgulloso “yo” occidental. Este “yo” pasó a ser la materia prima de las grandes sistematizaciones en la filosofía, constituyó lo esencial del hombre y tuvo la posibilidad de expandirse gracias al libro impreso. La imprenta le dio al hombre un yo. Solamente en el ámbito filosófico el “yo” fue el fundamento ineludible de algunas filosofías de relieve. Así, para Descartes, el “yo” fue el punto de partida del conocimiento de la realidad y de Dios, expresado en la fórmula *cogito, ergo sum*; Kant estableció que el “yo pienso” era la representación que acompañaba a todas las representaciones que tenía el sujeto cognoscente; Fichte estableció que la identidad yo=yo era el principio absoluto de todo, y Hegel llegó a la conclusión de que la sustancia aristotélica debía transmutarse definitivamente en sujeto.

La imprenta prolongó su actividad puramente mecánica a los restantes ámbitos de la sociedad, produciendo con ello la mecanización. El invento de Gutenberg logró dar un universo lineal mediante la disposición segmentada de los tipos móviles en una cadena uniforme. Este hecho, a primera vista singular, hizo posible la mecanización absoluta de las actividades humanas. Cada tipo era una parte del todo que conformaba un libro; el libro, por su parte, era un “todo-departes”, o sea, una estructura que yuxtapone partes indiscriminadamente y que constituye una unidad por simple agregación. De este modo, la idea de relación de las partes tornó posible la mecanización, ya como actividad, ya como idea acerca de las cosas. El mecanicismo, de hecho, dominó la modernidad. Descartes concibe al individuo en términos mecánicos; para Newton la física se redujo a mecánica y, por último, con la industrialización el hombre pasó a ser esclavo de la máquina.

La producción en masa es otra de las consecuencias de primer orden generada por la tipografía. El libro fue el primer producto fabricado masivamente, para el consumo de la mayoría, de la naciente masa-media que posteriormente gravitó en todo orden de cosas. A su vez la producción masiva de libros determinó la formación, también masiva, de individuos. Si bien el individuo se veía como idéntico a sí mismo (a su yo, a su autoconciencia), igualmente estaba siendo conformado por un padrón de identidad, mediante el que aparecía como igual frente a los otros hombres. Si bien el hombre moderno inventó la

abstracción del individuo, esta misma abstracción lo llevó a quebrar la individualidad pura en la medida que todos podían ser individuos, en la medida que la conciencia de sí era un producto universal. Así, del individualismo a la uniformidad no hay más que un paso.

Intimamente relacionado con el problema de la producción masiva se encuentra el fenómeno del consumo. Según el planteamiento de McLuhan, las “sociedades de consumo” son el reflejo exacto de la situación de consumo creada por la imprenta. El libro, de artículo de lujo pasa a ser un artículo de consumo al alcance del poder adquisitivo de muchas personas. De este modo, la página impresa alcanzó el rango de la necesidad, incitando a los industriales a producirla para el consumo masivo. La necesidad del libro golpeó todas las puertas. Por otra parte, es preciso destacar que el libro fomentó el consumo unificado de los productos, esto es, un consumo planificado, sirviendo de arquetipo clave para las restantes producciones humanas. El libro como artículo de consumo implicó que el lenguaje mismo se podía consumir y no ser ya un medio de percepción y exploración. Es decir, el consumo alteró la esencia del lenguaje y lo hizo “para sí” un abalorio.

La universalidad de la alfabetización y de la educación es otra de las consecuencias sociales de la imprenta y, por ello mismo, del libro. El llamado “Siglo de las Luces” resume de buena forma este hecho. Para el hombre letrado el saber humano y la ciencia deben estar al alcance de las mayorías y no ser del cultivo de unos pocos sabios. La explosión libresca junto a la proliferación cada vez mayor de colegios y universidades son efectos insoslayables de la imprenta.

La creación del público es otro de los efectos primordiales de la tecnología gutenberiana, público que como tal no existía antes del advenimiento de la imprenta y del libro. El manuscrito, por ejemplo, no poseyó nunca la fuerza de extensión para crear públicos, quedando recluido a pequeños círculos de estudiosos. Por “público” ha de entenderse, en este caso, la formación de conglomerados humanos unidos espiritualmente entre sí, donde los individuos poseen una comunidad de intereses y de pensamientos que, posteriormente, se traducen en una comunidad de hábitos y actitudes frente al mundo. El público, tal como aquí se ha entendido, fue el paradigma indiscutible de las naciones modernas.

La imprenta alteró definitivamente las relaciones entre el autor y los lectores de los libros. Si en la enseñanza escolástica la recitación o lectura era la forma en que el autor se encontraba con el lector, en cambio, con la tipografía, el lector lee para sí mismo y con gran

celeridad las miles de palabras impresas, sigue a su entero gusto el pensamiento del autor y está en condiciones de detenerse o proseguir su marcha según lo estime conveniente. Además, con el libro, el lector tiene ante sí toda la información posible acerca de algún tópico (de aquí que el libro sea un medio "caliente", según la clasificación McLuhiana), con lo cual juega el papel de mero receptor inercial. De esta manera, la lectura se transforma en una vertiginosa carrera de instantáneas puestas en movimiento (a la manera del filme), teniendo como finalidad coger visualmente las ideas y sucesos narrados por el autor. Se ha perdido, pues, la comunicación directa entre uno y otro. El libro divorció materialmente al autor del lector (y viceversa), formando un ámbito comunicativo de índole espiritual, muchas veces etéreo y disgregante.

Un factor de interés para comprender los efectos sociales de la tipografía dice relación con la portatividad del libro. El libro fue un producto fácil de llevar de un lado a otro, lo cual no ocurría con los manuscritos existentes en la Edad Media. Sin embargo, el libro no se destacó exclusivamente por la comodidad que implicaba, sino además porque solidificó la creación de públicos y de mercados de comercialización medianamente uniformes. De este modo, la tecnología del libro determinó tres factores esenciales de la sociedad unidimensional: de una parte, el individualismo; de otra, y en relación con la creación de públicos, fortificó la creación de las naciones y, por último, en términos de mercado, impulsó la necesidad del consumo uniforme. Las naciones de consumo germinaron con el libro.

Finalmente, el nacionalismo constituye una de las consecuencias de más peso de la era de Gutenberg. A causa de la publicación masiva de libros en el lenguaje propio y común de cualquier país, se establecieron los límites de una nación. De esta forma, el hombre pasó de simple particular a miembro integrante de una comunidad lingüística y política, con la que se identificaba plenamente. Cuando el hombre moderno vio su lenguaje en la página impresa, comenzó a tener la idea de "unidad nacional". El proceso para llegar a esta idea de "unidad nacional" puede eslabonarse a base de la producción homogénea de libros. Por su parte, la producción homogénea de libros tenía su principio en la ligazón igualmente homogénea de los tipos móviles de la imprenta, los cuales eran dispuestos lineal y secuencialmente. Así, la homogeneidad de la imprenta y del libro hicieron posible el nacionalismo, que no es otra cosa que la disposición cerrada y homogénea de individuos. Sin duda el tránsito del libro a la nación, a través del hilo conductor de la

homogeneidad, es sorprendente y fantástico, puesto que de un nivel lingüístico se salta a uno de comunidad social. El hombre moderno logra identificarse con su comunidad y es una pieza insignificante de ella. En relación a la nación, el hombre es una letra impresa en un libro social. Por otra parte, el nacionalismo debe comprenderse como el “encerrarse en la homogeneidad”. El primer encierro histórico del hombre es lingüístico. Este primer nacionalismo se proyectó a una serie de actividades humanas y fue el paradigma indiscutible de los futuros “encierros en la homogeneidad”. Así como el nacionalismo lingüístico estableció los límites espirituales de una nación, el nacionalismo político estableció sus límites materiales como, por ejemplo, la determinación geográfica y la jurisprudencia del estado, entre otros. De este modo, los hombres no sólo se encerraron en una homogeneidad idiomática, sino además, y posteriormente, en la homogeneidad territorial, en la homogeneidad de una ley, en la homogeneidad de un sistema político-ideológico y en la homogeneidad de las instituciones burocráticas.

A continuación es preciso señalar algunos de los efectos políticos de la imprenta. Entre ellos destacaremos la centralización política, el surgimiento organizado y coherente de la oposición política, el nacimiento del estado policial y su estrecha conexión con la sociedad de consumo.

La imprenta y el libro sirvieron como instrumentos claves de la centralización política moderna. En efecto, gracias a la producción masiva de libros, los gobiernos pudieron centrar la atención de sus gobernados en las materias que consideraban de mayor importancia y que no estaban reñidas con su perpetuidad en el poder político. En este sentido, y como el propio McLuhan lo sostiene, el libro fue el aliado irrestricto de los gobernantes, del soberano.

Pero si el libro fue un buen aliado del soberano, sólo lo fue en los comienzos. Efectivamente, el libro, por su propia naturaleza, crea dos órdenes de intereses que entran en violenta pugna. De un lado están los intereses de los gobernantes; del otro, los de los gobernados. Este conflicto, en apariencia innecesario, tiene su origen en el hecho de que el libro es una forma centralizada de producción masiva y, por ello mismo, el asunto de la libertad en todas sus formas va a estar por encima de consideraciones de otro tipo. Esquemáticamente expresado, el libro enfrenta la voluntad del gobernante a la aspiración libertaria de los gobernados. Así quedan en un pie de igualdad la centralización política con la oposición política. Por otra parte, es necesario destacar

que la oposición política que permite el libro es una oposición masiva, que alcanza a los más variados estratos sociales y culturales. Como el libro tendía una red de unificación de los individuos, tanto en términos materiales como espirituales, fue posible que la oposición política fermentara silenciosamente, quedando en condiciones de irrumpir en el contexto político en el momento preciso. El hombre moderno, al tener un libro ante los ojos, comenzó a sentirse libre.

Ante la creciente oposición política que debían soportar los soberanos, el estado político que dirigían debió transformarse en estado policial. Los sistemas de control de los ciudadanos pasan a ser una de las tantas formas para gobernar sin tropiezos una nación cualquiera. La mantención del estado moderno depende de redes de información que intentan aplacar y adelantarse a las acciones de los opositores. La policía política de Napoleón es un ejemplo claro de contra-oposición política generada por el propio estado, con el fin de anular los pensamientos y las acciones contrarias.

A juicio de McLuhan, el estado policial es condición de posibilidad, además, de la sociedad de consumo. Como el soberano se veía en la obligación de imponerle a la sociedad una serie de modos de comportamiento uniforme, para con ello conservar su poderío y su fuerza, no podía prescindir de un estado policial inmerso en el estado político mismo. En este sentido, la sociedad de consumo es, básicamente, la uniformidad establecida, ya se trate del plano económico, social, político y cultural. Esta uniformidad que posee la sociedad en cuestión necesitaba para desarrollarse de un estado que tuviera la connotación de policíaco, ya que de lo contrario la oposición podía anular el poder de los gobernantes. La uniformidad estatal se alcanza cuando el estado se encuentra empapado o envenenado por la represión. Sólo en estas condiciones la sociedad de consumo puede proliferar tranquilamente, debido a que las pautas de uniformidad social están controladas por los propios integrantes del régimen.

Las consecuencias filosóficas de la imprenta son variadas. Estas consecuencias se despliegan en el plano de los sistemas filosóficos como asimismo en el nivel de las nociones puras, y tienen como factor común la exaltación del sentido de la vista. Citemos algunos ejemplos: Nicolás de Cusa escribió un libro titulado "La visión de Dios"; Bacon dividió la realidad en el libro de Dios y en el libro de las creaturas; Galileo se abocó al libro de la Naturaleza, el cual estaba escrito en lenguaje matemático; Descartes contrapuso los libros de los antiguos al libro de la experiencia. Además, el cogito cartesiano, la división entre extensión

y pensamiento, la geometría analítica y el mecanicismo, son efectos del predominio unisensorial del ojo. Los diversos tipos de intuición, sensible e intelectual, que se encuentran en Descartes, Kant y Fichte, explicitan la idea de que la filosofía se alcanza por visiones. Por otro lado, a la modernidad se debe la idea representativa de la “cosmovisión del mundo”, acuñada por el pensamiento alemán y todavía no erradicada de la filosofía contemporánea. La filosofía renacentista y la moderna están teñidas por los tipos de la imprenta. El problema que aparece con este fenómeno es que los contenidos específicamente filosóficos de las diversas doctrinas caen en el ambiente tipográfico, por más que se quiera hacer metafísica de alto cuño. Gran parte de las nociones filosóficas aparecen sustentadas por imágenes visuales exclusivamente como, por ejemplo, “introspección”, “intuición”, “cosmovisión”, “reflexión”, “contemplación”, “demostración”, y tantas otras que incluye el pesado bagaje filosófico de los modernos.

El presente análisis de los efectos de la imprenta, siguiendo la perspectiva McLuhiana, confirma la tesis que decía que “toda tecnología lo impregna y satura todo”. Si bien no podemos sostener con seriedad que la imprenta creó el mundo, no nos alejamos de la verdad si sostenemos que lo recreó. La imprenta hizo de nuevo el mundo a su imagen y semejanza.